

EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS...

Mas desiertos astrales



OR ventura nos hemos detenido demasiado tiempo en examinar el cementerio lunar, porque como hayamos de recorrer las aterradoras distancias estelares de las cuales ofrecimos al lector algunos botones en artículo precedente y en el programa de viaje figuren tan solamente los más conocidos cuerpos

del mundo sideral, aun cuando utilicemos el vehículo del rayo de luz para realizar la jornada y nuestra parada en cada estación tuviere la instantaneidad del relámpago, serían muy contados los afortunados mortales que alcanzarán a apearse en la estrella Polar. ¡Y pensar que es una de las más vecinas a esta indecente ratonera donde nos arrastramos y por cuya posesión combatimos los unos con los otros llevados de un ardor feral!...

Porque al fin de cuentas, en cuarenta y siete años llegaríamos allá, y los venturosos bipedos (implumes) que se dieran bastante maña para disfrutar de una existencia octogenaria, podrían permitirse el lujo (aunque sin la esperanza de volver al punto de partida por falta de tiempo) de arribar a ese astro caudal de la Osa Menor, en cuyas cercanías se halla el eje de nuestro planeta clavado, aun cuando no con tanta firmeza que le impida el cambio constante de posición, si bien rondando siempre el punto correspondiente al Polo ideal.

Pero ¿que vienen a ser esos nueve lustros y un piquito si se les compara con el apartamiento de otras luminarias errantes por aquella insospechada inmensidad? Porque si damos por supuesto que las estrellas de la misma magnitud tienen iguales dimensiones, podríamos calcular como promedio de nuestro viaje a las de sexta magnitud (últimas visibles a simple vista) la respetable cantidad de ciento cuarenta años y para atracar a las de decimaquinta magnitud la estupefactiva suma de tres mil años de luz. Y si el curioso lector no se ha mareado aún, hágase cargo de ser solamente cinco mil las estrellas de las seis primeras magnitudes: un puñado de polvo vil al lado de los dos millones calculados por la astronomía actual...

Ofortunadamente presenta proporciones más limitadas nuestra peregrinación astral, pues para resolver la ecuación que por arte y gracia de una niña aficionada a la Cosmografía venimos planteando, nos habrán de bastar muy contadas estaciones, como comprenderá el leyente por un principio general que se nos antoja oportuno enunciar. Y es que todas las estrellas quedan descartadas de nuestro viaje de investigación, porque hallándose todas ellas en estado de incandescencia, resultaría ridícula hasta la simple suposición de su habitabilidad.

Por otra parte, aunque asciende a algunos centenares el número de los planetas conocidos, únicamente siete tienen derecho a ser contados entre los grandes y sobre ellos habremos de practicar

investigaciones en nuestra vertiginosa carrera; mas puesto que algunos de esa septena presentan condiciones climatológicas manifiestamente detestables para la habitabilidad, comenzaremos por descartarlos del itinerario (apuntando las razones de la preterición), con lo cual queda la expedición al alcance de las más modestas fortunas y pueden llevarla al cabo todos cuantos logran fondear en las risueñas playas de la juventud.

Con Mercurio no es posible contar para habitación de ningún ser viviente, y si el avisado lector no ha echado en saco roto los principios generales sentados en el introito de esta serie, comprenderá fácilmente por qué. Aun sin dar por demostrado (y el asunto es muy discutible) que ofrezca siempre la misma cara al Sol (según dijimos ser práctica de la Luna), durante el día Mercurial subirá el termómetro a doscientos grados (sistema Cegesimal, pues en el Fahrenheit serían trescientos noventa y dos), con la mitad de los cuales se achicharrarían hasta los protozoarios más elementales, aun el mismísimo Bathybius, de haber existido para fortuna de Haeckel.

Ese "dios" del propietario, director y redactores del colega anticlerical "The Independent", (recuerden nuestros ilustrados leyentes haber sido Mercurio en la antigüedad pagana la falsa divinidad protectora de los comerciantes y de los CACOS, sobre todo de los CACOS LITERARIOS), conserva un importante punto de contacto con la redacción de la más cobarde de las publicaciones de la acerca de enfrente; y es que no puede soportar un "hombre" en su caldeada habitación. Motiro sobrado para volverle la espalda y continuar nuestra ruta en busca de un racional.

Dejando a un lado Venus y Marte, los cuales se merecen estudio especial y se lo dedicaremos cuando les llegue su turno, caminemos hacia Jupiter, ese gigante de nuestro sistema planetario, mil trescientas treinta veces más grande que el cascarón donde habitamos, al cual arribaríamos después de haber recorrido setecientos millones de kilómetros con tan abrumadora velocidad. Esa distancianción del Sol hace que desde aquel apartamiento se divise a Febo como diminuto globo cuyo diámetro es cinco veces menor.

Y pues no se aleja uno del calorífero sin pagar incontinente las costas de la imprudencia, Jupiter es, a la inversa de Mercurio, un mundo sometido a frío intenso, el cual haría descender al termómetro a ciento cuarenta grados bajo cero (doscientos doce del Fahrenheit) temperatura irresistible para todo ser animado, aun los de más rudimentaria constitución. Eso, teniendo únicamente en cuenta la radiación solar. Mas el calor interno del planeta es suficiente para mantener su superficie en estado parecido al de un metal próximo a la incandescencia, y esto revela una indicación termométrica de ciento sesenta a doscientos grados sobre cero, destruyendo de consiguiente toda esperanza de actual habitabilidad.

Pero ¿y en un porvenir más o menos remoto? Tampoco, y es muy sencilla la deducción. Al compás de la solidificación de su corteza (fenómeno geológico que va en razón inversa del agotamiento del fuego central) disminuirá progresivamente el caldeo de la atmósfera, y a la corta o a la larga vendrá a sufrir el enfriamiento indicado en el párrafo anterior, el cual, lo saben ya de tiempo atrás nuestros lectores, es incompatible con cualquiera suerte de vitalidad. Para cuando se amortigüen las calderas de Jupiter habrán transcurrido ya tantos cientos de años, que la Tierra misma será un desierto más, porque el empobrecimiento del Sol le privará de la necesaria calefacción. Y desde el gigantesco planeta acaso ni será siquiera visible el que tan infundadamente motejamos de "astro-rey"...

Y sin más tardar, salgamos para Saturno, una de las mayores maravillas del firmamento entero por su espléndido anillo y el numeroso cortejo de sus satélites, el cual vendría a ser un palacio encantador si la vida pudiera desarrollarse allá. Pero como no haya alcanzado todavía ni aun siquiera el grado de condensación de Jupiter, está reducido a un mar de vapores hirvientes, una aglomeración de gases a elevada temperatura, siendo la densidad saturnina menor que la del agua, de suerte que arrojado el planeta sobre un océano flotaría como un pelotón de "football". De donde ni es habitable, ni lo será, porque el Sol no consigue transportar a aquellas lejanías la energía térmica indispensable, pues no sube de ciento setenta y seis grados bajo cero. Imposible vivir.

Más lejos todavía se encuentran los dos últimos representantes del sistema solar, Urano y Neptuno, los cuales están en condiciones de condensación parecidas a las de Saturno, pero en peores circunstancias caloríficas, pues hallándose el primero a unos tres mil millones de kilómetros del Sol y girando el otro a unos cuatro mil quinientos millones, sólo podrían disponer de doscientos y doscientos veinte grados bajo cero respectivamente. Y ya lo tenemos dicho varias veces: en tales honduras termométricas no hay viviente capaz de resistir.

Resumiendo. Quedan descartadas de nuestro

itinerario de investigación todas las estrellas por su calidad de cuerpos incandescentes, de hornos perennes en los cuales ninguna célula orgánica puede subsistir. Queda asimismo fuera de programa el diminuto Mercurio, por estar torrefacto en la fragua solar. Haremos también caso omiso de los cuatro grandes planetas: Jupiter, Saturno, Urano y Neptuno, porque carecen todos ellos de corteza sólida y se hallan bajo la acción de elevadísima temperatura interna, sin poder acariciar la ilusión de ser un día habitables, pues no reciben en cantidad necesaria el calor del Sol.

Total: en la inmensidad de la bóveda celeste nos limitaremos a hacer dos estaciones, una en Venus y otra en Marte, porque, según los datos recogidos con escrupulosa solicitud por la astronomía son los dos únicos mundos siderales donde resulta factible la existencia actual de seres animados o por lo menos es innegable su estado avanzado de preparación para recibir los gérmenes y las esporas, prelude inevitable de todos los astros que se propusieren arrastrar más tarde o más temprano en su carrera al rey de la creación.

A medida que avanzamos, se le van cerrando a nuestra amiguita los horizontes de su volandera imaginación, la cual habituada a matizar sus fantásticas creaciones según el color del cristal preferido,

Así como insecto primoroso
Visitador inquieto de las flores,
Más parece nutrirse de colores
Que de polen sabroso.

Mas la Ciencia miró siempre de concha a las policromías fabricadas a gusto del consumidor, y todo legítimo enamorado del saber debe basar sus cálculos sobre los atestados de la experiencia y deducir friamente sus conclusiones de las premisas obtenidas del estudio concienzudo de la realidad. Soñar fué siempre la antinomia de razonar. El libertinaje de la fantasía es la roña de la verdad, que sólo acierta a vivir en la atmósfera de la libertad. Yá lo dijo el poeta:

Sein Athem ist die Freiheit.

DR. Q. CHILLO.

¡Duro con ellos!

DIGNOS de infames dicterios
son y serán los bozales,
que ¡necios! con bacanales
profanan los Cementerios.

Y si los buenos criterios
no miran mal que a raudales
se viertan sobre esos tales
los mayores improprios,
por turbar las sepulturas:
¿Qué se hará con los ¡más viles!
que empañan las almas puras?
¡Condenarlos a galeras!
tratando con más gentiles
zurras a TIO TIJERAS!

SAN-TXO.